

LUISA VALENZUELA

LOS
TIEMPOS
DE
ENCIERROS

Encierros y escritura



Contenido

1. [Todas las pestes la peste - A manera de introducción](#)
2. [Cuaderno gris](#)
3. [Lo negro](#)
4. [Escritura en movimiento](#)
5. [Cuaderno rojo](#)
6. [Cuerpo](#)
7. [Diario](#)
8. [Muerte](#)
9. [Cuerpo](#)
10. [Anotación al margen](#)
11. [Pandora](#)
12. [Soledad](#)
13. [Escribir](#)
14. [Recuperación del tacto - \(Canciones para un pasajero\)](#)
15. [De dónde vienen las historias](#)
16. [Mandatos](#)
17. [Hurga que te hurga](#)
18. [Miedo a la muerte](#)
19. [Patafísica y pandemia](#)
20. [Los colores patrios](#)
21. [Un sueño](#)
22. [Umbrales](#)
23. [Umbrales II](#)
24. [Modos](#)
25. [Cómo hacer amigos - \(Primer cuento de la resiliencia\)](#)

26. [De piñatas y otras picardías](#)
27. [Jopo Rojo con Lobo - \(Microteatro en cinco escenas con minididascalias\)](#)
28. [Perder y encontrar](#)
29. [Al alba](#)
30. [El conocimiento es mi campo de juego](#)
31. [Polen](#)
32. [El exocerebro](#)
33. [El cuento perdido](#)
34. [Con nombre propio](#)
35. [Acá, desde lejos](#)
36. [Codo en tiempos de Covid - \(Segundo cuento de la resiliencia\)](#)
37. [Máscaras y más](#)
38. [Oros eran los de antes](#)
39. [Tiempo](#)
40. [Teorías conspirativas](#)
41. [El siniestro Dóctor NoNo - \(Tercer cuento de la resiliencia\)](#)
42. [#VamosFILBuenosAires](#)
43. [201](#)
44. [Microrrelatistas del mundo uníos](#)
45. [Confesión](#)
46. [¡No pregunto cuántos son sino que vayan saliendo!](#)
47. [¿S & G?](#)
48. [Sentido pésame](#)
49. [El Tesoro de la Juventud](#)
50. [Los tesoros de la madurez](#)
51. [Vientos moderados](#)
52. [¿Y por casa cómo andamos?](#)
53. [Preguntas a distancia](#)

54. [Plandemia y terraplanismo](#)
55. [Escarbat bum bum](#)
56. [Eustaquio - \(Cuarto cuento de la resiliencia\)](#)
57. [La empatía no es tutía](#)
58. [Tapabocas y flía](#)
59. [La medalla - \(Quinto cuento de la resiliencia\)](#)
60. [Pandemonia y compañía](#)
61. [Para todos los gustos](#)
62. [Y parió la abuela](#)
63. [Muñecos 2 ¡gracias, realidad!](#)
64. [Lenguaje como virus o viceversa](#)
65. [Polos opuestos](#)
66. [Nuevos planetas y el Padre Ubú](#)
67. [Respuestas diversas a diversas entrevistas](#)
68. [Cama, mayo 28](#)
69. [Los payasos sagrados y el movimiento](#)
70. [Protege lo Sagrado \(Protect the Sacred\)](#)
71. [Mad Bear, el viaje - Mayo 31](#)
72. [Bucle en el tiempo](#)
73. [7 de junio](#)
74. [El Señor de las Tierras de Afuera](#)
75. [Nombres, el nombre](#)
76. [La hermana de Shakespeare](#)
77. [Fake News positivas](#)
78. [Julio 19, domingo](#)
79. [Hablando de lo cual...](#)
80. [Julio 25, retorno a la gitanería](#)
81. [Julio 29, de vuelos y voladuras](#)
82. [El retorno de los virulentos](#)
83. [Pachamama en pandemia](#)
84. [Navegando la memoria](#)
85. [Agosto 22](#)

86. [Sueños](#)
87. [Tres insights de entrecasa](#)
88. [Septiembre, palabras nuevas](#)
89. [Billetera mata galán](#)
90. [Black lives matter \(y las vidas indígenas también\)](#)
91. [Cristóbal Colón](#)
92. [¿Día de qué?](#)
93. [El Sarspazo](#)
94. [Octubre 31, todos los Hallowe'ens](#)
95. [Dos sueños en una noche que muerde](#)
96. [Estrella - \(Séptimo cuento de la resiliencia\)](#)
97. [Una de cal y una de arena](#)
98. [Risa](#)
99. [La derecha - \(Octavo cuento de la resiliencia\)](#)
00. [Caminos](#)
01. [La imaginación al garete](#)
02. [Hospitalidad y un experimento mental](#)
03. [Navidad. Los carriles](#)
04. [Entretiempos](#)
05. [Elvira contra ElVirus - \(Noveno cuento de la resiliencia\)](#)
06. [AGRADECIMIENTOS](#)

Puntos de referencia

1. [Tapa](#)



EX LIBRIS

EX LIBRIS

COLECCIÓN
FICCIONES REALES

Director: Cristian Alarcón

Ficciones Reales son las que se conciben desde el periodismo y se escriben desde la literatura. En estas historias de largo aliento, el lector puede dejarse llevar por las tramas de lo real con el vértigo, la emoción y la intensidad de la novela o el cuento. Los cronistas de Ficciones Reales son investigadores implacables de la complejidad y de lo que se oculta detrás de las noticias. Con el rigor de la mejor investigación y la potencia de la narrativa se sumergen en lo contemporáneo para relatar lo que no se puede contar con los formatos del periodismo clásico.

Luisa Valenzuela

**Los tiempos
detenidos**
Encierros y escritura



Valenzuela, Luisa

Los tiempos detenidos : encierros y escritura / Luisa Valenzuela. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2022.

Libro digital, EPUB - (Ficciones Reales / Cristian Alarcón)

Archivo Digital: online

ISBN 978-987-8303-87-1

1. Crónicas. 2. Narrativa Argentina. 3. Periodismo Cultural. I. Título.
CDD A863

Dirección editorial: Constanza Brunet

Coordinación editorial: Víctor Sabanes y Fernando Brovelli

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Corrección: Brenda Wainer

Fotografía de tapa: Mark Swallow - iStock

© 2022 Luisa Valenzuela

© 2022 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-8303-87-1

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

*A Mirtha Amores, inspirador
y radiante legado de Carlos Brück.*

Todas las pestes la peste

A manera de introducción

¿Qué tengo entre manos? ¿Una historia de virus? Dos virus distintos, pero ¿cuál es el plural de virus? ¿Viruses o virii? Viruses me gusta más, por informal en apariencia. Igual seguiré diciendo virus, así, simplemente, porque estos invasores invisibles son plurales por derecho propio y por incontenible proliferación.

Y si, tal como dice Burroughs y canta Laurie Anderson, el lenguaje es un virus del espacio exterior, podemos asumir que todos los virus son una forma de lenguaje. Los he estado escribiendo en su diversa manifestación en dos oportunidades, a diez años de distancia la una de la otra.

Los tiempos detenidos es un buen título para unir ambas partes de estas disquisiciones solo en apariencia desconectadas. La primera suspensión temporal fue obra de un virus personal e intransferible, como rezan ciertas invitaciones solemnes, y hace referencia a la noche oscura de la mente. Mi alma, de existir, parecía haber dimitido en esos meses post meningoencefalíticos.

La segunda detención no por ser diurna resulta menos ominosa. Es el interior universal de las propias guaridas a las que nos ha confinado el nuevo virus, corona él, compartido con el planeta en pleno, nuestro pobre planeta maltratado.

Noche y día. En ambos casos se trató de una búsqueda para recuperar el don de la escritura, don que no nos pertenece en absoluto, sino que nos es otorgado desde fuera. Un regalo, eso es, que no alude a fatuidades ni a autoaplausos sino a cierto estado de gracia cuyo acceso parecería ser aleatorio. La gracia, el agradecimiento... no resulta fácil encontrar dicho estado. Nos espera más allá de los muros del decir y quizá pueda llamarse inspiración, después de todo, no como toque de varita mágica y soplo divino sino como algo que llena los pulmones de aire nuevo.

La magia está en la sorpresa, en el espíritu que nos habita cuando por fin logramos –si logramos– sumergirnos en la escritura.

Y acá se presentan dos cuerpos de un único edificio escritural, redactados con una década de separación, y me asombra la diversidad de la materia con la que cada cuerpo ha sido construido a pesar de que la argamasa haya sido equivalente.

¿Argamasa, un virus? No: detonador.

Todas las pestes la peste.

La búsqueda del decir por caminos diversos, gatillada por disparadores equivalentes...

Ahora que tengo ambos cuerpos del libro a la vista me asombro. El virus propio, 2010, me despertó una veta poética que no tenía registrada. El virus 2020, compartido en su latencia, en su amenaza, me sumergió en un humor patafísico, desconcertante dadas las aciagas circunstancias. Tan diferentes un lenguaje del otro y sin embargo la apelación a la risa late en ambas instancias como remedio ineludible. O al menos deseable.

Eso espero.

INTERIOR NOCHE

2010

*Si la morada del ser es el lenguaje
y yo digo que se escribe con el cuerpo,
al irme de mi cuerpo me fui del lenguaje,
o quizá fue a la inversa y nunca podré saberlo.*

Cuaderno gris

Julio 2010

¿Cómo escribir esto?

No, no es esta la pregunta, la pregunta es ¿cómo escribir? Y punto. Qué hacer para recuperar el milagro de encontrar las palabras, una vez más; las palabras para decir aquello que está del otro lado de la anécdota, de la banal descripción de hechos que no van más allá de sí mismos. Es decir, entender, intentar entender, porque de eso se trata el escribir aunque sea una exigencia inalcanzable. Inalcanzable por suerte, y por eso mismo insistimos. Y procuramos sacar algo de la nada gracias a esa entelequia que llamamos arte, aunque ahora el vocablo acarree connotaciones pretenciosas, adjetivo que viene del verbo pretender, es decir anhelar, aspirar, soñar con un más allá del decir que dice mucho más aun a pesar nuestro.

He sido una viajera impenitente y obcecada. Llena de una pasión que me viene de lejos, de la infancia y sus aventuras inventadas. La imaginación fue mi primer medio de transporte cuando exploraba, inventando aventuras selváticas, el terreno baldío que estaba a la vuelta de la manzana. Pero a lo largo de años –los muchos años, si bien del tiempo pasado no tengo conciencia de pérdida sino de acumulación– abordé todo tipo de vehículos. Desde los grandes transatlánticos a los barcos de carga y la *feluca* egipcia, de los aviones a hélice y los jumbos, y los *rickshaws* y los tuc-tucs y hasta algún manso camello para no hablar de caballos de todo tipo, de monta y de tiro. Viajé a tracción a sangre animal, vegetal y hasta humana, en ciclotaxis. Tracciones de todo tipo menos tracción a sangre propia.

Así hasta marzo de este año 2010 que suena y luce tan elegante. Porque para el largo viaje emprendido siete meses atrás –viaje al fondo de la noche– mi medio de transporte fue un virus. Anónimo él, hasta hoy indetectado aunque finalmente, por fortuna, expulsado de mi organismo; un virus que se alojó en mi cerebro y que mientras allí se mantuvo hizo estragos. Es decir, su trabajo de virus. Y me transportó al fondo oscuro de mí borrándome de un

plumazo los recuerdos de ese viaje. O casi. Por eso mismo trataré de reconstruirlo ahora que puedo. Y que me animo. Porque hasta una semana atrás no quería saber nada de nada y ahora sí: quiero saber. De esto se trata el estar en vida. Y el retomar la escritura.

La voy recuperando, a la escritura, y una vez más salgo al encuentro de ese decir que nos permite ver las palabras a trasluz. Me hace bien. Porque al emerger del largo letargo estaba convencida de ya no poder escribir más, y no me importaba. Si bien alguna vez lo supe, había olvidado que el escribir es una forma de pensar, de estructurar la llamada realidad, de exprimirla para intentar extraerle algún sentido. Como quien exprime un limón, digamos, o hace jalea de una fruta que de otra forma resulta indigerible. ¿Se le agrega azúcar a la realidad, se la endulza al escribirla? En absoluto. Es apenas una metáfora. Encontrar los valores metafóricos en un intento de descifrar el símbolo, de derivar sentido o bien algún significado. Eso. Para lo cual, más allá de habilidad o talento, se requiere entusiasmo. Y era lo que me faltaba, lo que con la enfermedad me había abandonado. Ni un adarme me quedaba, ni un atisbo, ni siquiera el concepto que encierra la palabra Entusiasmo.

Cierto día de abril volví del planeta Marte. Abrí los ojos y estaba erizada de tubos en una habitación blanca, en una cama blanca, todo blanco, también la gente a mi alrededor, mi hija Anna Lisa entre otros, todo el mundo envuelto en delantales de hule blanco y con barbijo. Miré espantada. No te preocupes, me dijo Anna Lisa, es para no contagiarte, tuviste meningitis, te estás recuperando, lo mismo tuvo Saccomanno y ya está casi bien.

Meningitis. Carajo. Se me vino encima el viaje de febrero por Oriente, con mi nieto Gaspar y sus diecinueve años de a ratos inmanejables. Bangkok, toda Birmania (perdón, Myanmar). Reviví las muchas instancias en que me aconsejaron no viajar, con una muñeca rota poco tiempo atrás, si bien ya ferulizada. La mano izquierda. Pero tan leve inconveniente no me iba a detener. Tampoco me detendría aquel tropezón en ignota ciudad birmana camino al misterioso lago Inle, cuando tropecé y por proteger la mano enferma me fisuré la sana. Y así seguí, con las dos manos vendadas, y en lo posible en alto para que circulara bien la sangre, no para rendirme. Porque tardé en rendirme. Tomando la sopa con pajita y bañándome bajo la ducha sentada en un banquito, pude continuar el camino trazado hasta que

llegamos a Angkor Wat en Camboya donde, entre las ruinas del esplendoroso y antiquísimo templo Khmer, sumidas en el bosque entre lianas, me dediqué a buscar sin la menor esperanza por supuesto pero con la mayor atención, al mítico, angelical zefonte de suave pelambre dorada y ojos sabios creado por mi madre como su último legado a la humanidad, un legado de humor, erotismo y esperanza.

Y al poco de regresar, la meningitis. ¡Qué manera de buscarse las pestes!

Eran esas percepciones fugaces. Y al rato no más una nueva inmersión en el mar de la inconciencia. Un ir y venir, noches que eran como días de desasosiego y días como noches letales. Frases. Tiempos de no poder armar una frase, no poder responder con corrección a una simple pregunta: había nacido en el año 1209 (número de la calle de mi casa de infancia, a la vuelta manzana de aquel baldío de aventuras), tenía tres hijos en lugar de una sola (incorporé a los hijos de ella, quizá para acabar con sus reproches por ser hija única).

Yo dormía, o caía en coma o semicoma. Hibernaba. Lo que fuera. Cada tanto alguna frase salía de mi boca sin que yo lograra registrarla. Recuerdos imposibles, inasibles como las horas en las que se desencadenó la enfermedad, con fiebre y feroz dolor de cabeza según me cuentan, antes de que me llevaran a la clínica. Una clínica anterior, no la que yo puedo recordar.

Un mes y medio internada. Sin tiempo. Y una única percepción o alucinación o *satori* en ese largo período de no estar en parte alguna, como en un pozo inconmensurable, respirando apenas, casi *cyborg* enchufada a los diversos tubos. La única percepción que tuve, o que pude rescatar del pozo, no era desagradable: vagaba yo por una penumbra parda, algodonosa y quizá cálida, para nada inquietante. Avanzaba tranquila, sola sin que la soledad me pesara en absoluto. En realidad nada me pesaba, todo parecía liviano y no había tiempo. Así duró lo que duró ese deambular por el espeso aire brumoso, días, segundos, lo que fuere, cuando de golpe llegué a la cortina. Cortina negra. El telón de un negro tan profundo como no hay otro, carbón puro, imposible y dúctil. Debía seguir avanzando, atravesarlo, pero supe en un instante que lo que me aguardaba del otro lado era la muerte.

La muerte como siempre la quise: la desaparición total.

Pero la desaparición total en la más absoluta negrura, algo imposible de aceptar, de asumir. Desaparecer definitivamente es lo que siempre quise de

la muerte, me dije en esa precisa instancia, y me dije pero no así, así no, no quiero. Mi susto fue mayúsculo, hice una lista de todo lo que me esperaba por hacer –es decir escribir– y eso me detuvo al filo de la cortina. Al filo de la muerte, quizá. Vaya una a saber. La larga lista de obligaciones, como un no poder abandonar este valle de lágrimas o lo que fuere, antes de cumplir con todo aquello para lo cual había llegado al mundo.

Recuperada la conciencia no lograré recomponer la lista, ni recordar ni uno solo de sus ítems, pero eran todos de trabajo, de escritura, nada de afectos dejados atrás o de añoranzas. Eran deberes. Como los del colegio, es decir tareas a completar. Leyendo hace poquito el bello libro de David Rieff sobre la muerte de su madre, mi muy querida Susan Sontag, supe que ella se resistió a la muerte hasta el último momento, quería vivir a toda costa y a pesar de intolerables sufrimientos, porque debía, eso es, *debía* completar su novela y terminar ciertos escritos. Entendí entonces que, en esa misma frontera, en ese filo de vida, me agarró una instancia sontagniana y necesité volver para escribir. Por suerte lo logré. Volver. Ahora veremos si logro escribir. Y la pregunta es: ¿escribir qué? Estas mismas breves páginas, por ahora. Y lo que fue e irá fluyendo a partir del momento en que por fin pude retomar la pluma.

Lo negro

La cortina negra fue mi única alucinación pero me llenó el recuerdo del no-tiempo con un único deambular y hoy parece tan breve aunque quizá fue eterno.

Tiempo y espacio con igual densidad y plitud, sin transcurrir.

Transcurrimos nosotros y entonces cuando creí avanzar por el espacio en penumbra lo iba haciendo en el tiempo, sin medida, y avanzaba por esa oscuridad parda, algodonosa y tibia, caminando en el tiempo porque el espacio estaba reducido a una cama de hospital, imperceptible, mientras esa que fui circulaba en el tiempo e iba bien acompañada por la parda penumbra.

Sola y en paz iba, deambulaba.

O mejor, progresaba sin contratiempo alguno. La suavidad de un tacto sin roce, y así iba avanzando, sola como dicen que están solos los muertos y era grato y no me importaba en absoluto. Sola mientras alrededor de mí –de esa cáscara en la cual yo no estaba– había gente, siempre gente, y yo no podía saberlo, ni me importaba.

Y así, ahora, el temor de morir en soledad ha perdido vigencia.

La penumbra esponjosa no admite compañía, pero esa es solo una posibilidad entre tantas.

Hay miles de formas de morir y me resulta imposible saber si estuve a un paso de la muerte y caminé sin consistencia alguna¹ y llegué hasta la cortina negra, a ese muro de horror y me detuve –no para contemplar o descansar o cosa equivalente–, me detuve de espanto y supe:

Tan mucha escritura me aguardaba antes de atravesar esa barrera.

¿Y para qué? ¿Para qué escribir más de lo escrito, que ya es tanto?

Recién ahora lo sé:

Escribir para seguir dibujándome.

Para mantener a raya –en raya– este contorno mío.

Para viajar como ahora con el viaje de la pluma sobre el papel suave, para caminar con la pluma sobre la superficie tersa del papel, tersa como nube,

una penumbra cálida.

Caminar también he caminado y mucho y muy variado a lo largo de años.

Caminé sobre el fuego –pero esa es otra historia– caminé en el desierto y hasta dentro de las entrañas de la tierra. Por túneles y diques caminé, y por los socavones de una mina de cobre en Atacama (Ata/cama, qué nombre, pienso ahora), y caminé por iridiscentes cavernas en una mina de sal gema.

Cama, indigna horizontal prefiguración gratuita, escribí alguna vez, siglos atrás.

1 Es curioso que en el cuaderno hayan entrado o se hayan escapado en este preciso punto dos páginas en blanco, salteadas. Debe de ser a causa de lo inefable, lo que no puede ser dicho no por censura o prohibición interna sino por falta de piezas en el *meccano* del lenguaje. Y pienso en la primera carta de amor de Christian: unas frases de ternura iniciales, todo el resto de la página en blanco, y en la segunda página con unas frases de ternura al pie, cerrando otro vacío. Como para que el corazón llene los blancos tan preñados.

Escritura en movimiento

I

¿Quién desde la cama me habilita y me deja ser quien soy,
desde la nada?

Soy un pez iridiscente que nada en esta nada.

La cama como lago profundo; como nada, la cama.

Por fin despierto en el lago que es la cama, con escamas despierto. Soy un
pez, ya lo dije, y despierto de ansias;

de ausencias no despierto, me tienen sin cuidado las ausencias.

Yo río con aquel que me habilita –me habita– desde el fondo del lago que es
la cama, la nada.

Y nado por el río y río, y no me hundo por profundo que sea.

II

No tengo por qué decirle nada a nadie, pero el decir es mi forma de ser, me
constituye,

me construye y quizá aquel que me habilita, más que habilitarme o
habitarme

me dicta estas cosas que escribo porque otra acción sería no ser, sería
no estar en parte alguna.

Solo estar en la palabra: la laguna.

Un mar hecho de verbo, verbigracia.

III

La exploración de la propia forma como forma de ser en este mundo, y
perderse en dicha exploración

y no tener salida,

solo dicha.

La falta de salida como encuentro,

lo oscuro de la noche y la otra mayor oscuridad, aterradora.

No sabemos qué es la noche hasta no haberle visto la peor de sus caras, esa cara
de mina de carbón como negrísima cortina
que una vez transpuesta
no nos permitirá volver sobre los propios pasos.
Cortina de carbón
más oscura que lo más oscuro y negro,
más oscura que el grafito, la pizarra,
el bleque; superficie para nada escribible, esa cortina, separación de mundos
y la disolución total
del otro lado.

Decirle no a la disolución, lo único que del otro lado nos aguarda.
No poder escribir más.
Y falta todo.

IV

No haber sabido qué es la verdadera noche hasta ese momento.
No saber qué es el tiempo hasta no estar perdida en el no-tiempo, el
destiempo.
No haber jamás experimentado el verdadero cansancio, el demoledor
cansancio, el imposible,
hasta no haber perdido el último adarme de energía.
No saber qué son los nervios, el ataque de nervios como una guerra interna,
un bombardeo,
y el temblor tan palpable y la desesperación, la angustia.
No saber nada de eso, en verdad, creyendo haberlo experimentado todo:
La noche, el cansancio, los nervios, el amor.
El amor, ¡o el amor!

El que está en todas partes, no olvidarlo;
y se olvida tan fácil.
Y el olvido. El olvido olvidado, aquello que creímos borrar para siempre y
está en alguna parte replegado y dispuesto a saltar, como al acecho.
De hecho es así la cosa y no puede escribirse pero entonces:
¿Para qué seguir en esta vida?

Lo supe frente a la cortina negra, la pared de carbón penetrable y nefasta.
Cortina para la escena final
y no la penetré.
Por una vez no quise saber qué hay del otro lado,
detrás de la cortina,
a la vuelta de una esquina.
No querer ir a ver por una vez, por una vez sabiendo que del otro lado, nada.
La nada.
Sin saber, sabía, y era la nada, la disolución total,
Más intensa muerte que las muertes que suelen
proponernos, las fáciles de imaginar y hasta desear,
el encuentro con los seres queridos, por ejemplo, las nubes y los ángeles, los
posibles paraísos llenos de posibilidades, no.
No.
Nunca quise nada de eso siempre quise una muerte integral, constitutiva.
Nada en esta mano ni en la otra.
Nada de manos ni de rastro alguno de la propia persona.
La desintegración, la nada.
La pérdida de todo lo que soy y lo que creo ser
o me pienso
o imagino o.
Una nada reintegrándose a la nada,
ni una partícula sobrante, ni una chispa de ser.
O de conciencia.
La nada nada.

Pasar a formar parte del éter
creí quererlo pero en aquella instancia lo rechacé, aterrada.
No quise dar el paso, no quise saber si era eso, o no, la muerte
(conocimiento poco aprovechable, por cierto).
No me gustó nada la idea de la nada,
del desaparecer así en la absoluta negrura,
el desaparecer así como así en lo más negro jamás visto por mí; aterrador.
Y me apareció la lista la larga lista de cosas por hacer antes de irme de este
mundo (como si una pudiera elegir y en ese momento pude porque no
estaba lista).